

LA CABEZA A PAJAROS.

Comedia en un acto, arreglada del francés por D. Luis Olona, *y representada con gran aplauso en el teatro Supernumerario de la Comedia,* (Variedades) *en el mes de marzo de* 1850.

PERSONAS.	ACTORES.
Rufo.	*D. M. Catalina.*
Cosme.	*D. M. Jimenez.*
Eduardo.	*D. J. Catalina.*
Braulio.	*D. J. Aznar.*
J. n.	*D. J. Navarro.*
bel Rubiales.	*Señorita Cachet.*
ria.	*Señorita Fernandez.*

La accion en Madrid, en una fonda, en 1849.

Una sala de conversacion en la fonda. Puerta al fondo, os dos puertas al lado de la anterior. La una es la de d Eduardo, la otra la de una escalera secreta. En prir término, á la derecha, el cuarto de don Braulio, á la izquierda el de don Rufo. Cerca de la puerta de este una chimenea con flores, etc. y delante una mesa de escribir y un sillon. A la derecha otra mesa, sillones, etc.

ESCENA PRIMERA.

n Braulio, Maria, Juan *con una maleta, una caja de carton y un saco de noche.*

Jan. Por aqui, señores, por aqui.

au. Como señores! No ves que somos macho y hembra?

r. Papá, qué dice usted?

au. Eh! algun desatino? No eres tú hembra por ventura?

r. Ya, pero usted...

au. Soy macho.

r. Jesus! Diga usted varon.

au. Toma! Lo mismo dá! Qué demonio de riquilorios! En entendiéndose las gentes... (*á Juan.*) Oye! Hay cuartos para nosotros?

Jn. Si señor. Llevo adentro el equipage?

Brau. Claro! Pero en dónde nos vas á meter?

Juan. (*señalando la puerta primera de la derecha.*) En estas habitaciones.

Brau. Me gustan. Mira! Cuidado con que nos pongas un dineral por ella, que yo no he venido á Madrid á haceros el caldo gordo.

Mar. Papá!..

Juan. Pierda usted cuidado. (Vaya unos modos de tratar á las gentes.) (*vase con el equipage por la derecha.*)

ESCENA II.

Don Braulio, Maria.

Brau. Ea, ya estamos en Madrid, que tantas ganas teniamos de conocer. Y libres ademas de ese maldito don Rufo, que te perseguia sin cesar en Valencia, y que...

Mar. Para eso no teniamos necesidad de haber emprendido este viage, porque hace tiempo que el estravagante don Rufo habia dejado de visitarnos.

Brau. Es verdad. Hace diez ó doce dias que le he echado de menos en mi tienda de gorras... pero qué tiene nada de eso que ver?... Yo te he traido á Madrid solo con la esperanza de arreglar tu boda con don Eduardo Martinez y...

Mar. Es decir que decididamente quiere usted que sea su esposa?

Brau. Cabalito. Luego... á ti tampoco te desagrada; y yerno por yerno, le prefiero á ese veleta de don Rufo, tan distraido, tan cascabel, sin saber nunca lo que se dice ni lo que se hace, equivocándolo todo...

Mar. Figúrese usted que un dia de aquellos en que me hacia la corte, se puso á llamarme en vez de Maria, su querida Isabel.

Brau. Sì, sì. Y me acuerdo que al mismo tiempo me apretaba la mano á mi, como si fuese la tuya. Cáspita! Si llega á ser tu marido y continuan las distracciones...

ESCENA III.

Dichos, Juan, *saliendo de la puerta derecha.*

Juan. Cuando ustedes gusten...

Brau. Allá vamos. Dime, babieca, qué casta de gente hay parando en esta fonda?

Juan. Mire usted Ahi en el número 3, un tal don Eduardo Martinez!

Brau. (*á Maria.*) Martinez! Está ahi! Bravo! (*á Juan.*) Y quién mas..?

Juan. Aqui en el número 4 un caballero que se llama... don Rufo... no sé cuantos.

Brau. Don Rufo has dicho?

Mar. Si será acaso...

Brau. Don Rufo? Un aturdido? Un estrabagante?

Juan. Justo! Un medio loco, que se distrae como no he visto á nadie distraerse en el mundo! Ca! Si aquello...

Brau. Ese hombre aqui!

Rufo. (*dentro.*) Dónde has puesto mi chaleco de casimir?

Brau. Es su voz.

Mar. Si, es él.

Rufo. (*id.*) Qué tal dia hace, zopenco?

Juan. Eso es á mi. Cree que estoy á su lado.

Rufo. (*id.*) Me pongo el pantalon de paño ó el blanco?

Juan. A ver como no se pone una manta?

Mar. Le advierto á usted que no estamos en casa para ese caballero. No quiero verle siquiera.

Brau. Ah! si. No recibimos á nadie, á no ser á don Eduardo Martinez, que te preguntará por mi, por don Braulio Zapata. Comprendes?

Juan. Si, señor. Vaya.

ESCENA IV.

Dichos, don Rufo, *vestido de frac, corbata, sombrero, chaleco, zapatos y en calzones blancos.*

Rufo. Pues señor, ya estoy vestido.

Juan. Ah! (*viendole.*)

Brau. Uf! (*id marchándose con Maria por la puerta derecha; esta tapándose los ojos.*)

Mar. Ay!

Juan. Ja, ja, ja, ja! (*riendo á carcajadas.*)

Ruf. Ji, ji, ji, ji! (*se rie tambien, sin comprender nada; cesa de pronto y con seriedad.*) Eh, á qué viene esa risa tan imbécil? Vamos á ver, de qué te ries?

Juan. Toma! Y usted?

Ruf. Yo? De las dos personas que aqui habia. Por qué diablos han echado á correr de ese modo?

Juan. Calle! Pues no se ha mirado usted?

Rufo. Yo? (*mirándose el pecho.*)

Juan. Mas abajo, mas abajo!

Rufo. Uf! (*mirándose y entrándose en su cuarto precipitadamente.*)

ESCENA V.

Juan, *despues* don Eduardo.

Juan. Anda! qué paso lleva! Y pensar que ese ente se casa hoy! Toma! A no ser por mi, se iba á la Vicaria en calzoncillos. Aqui tenemos al del número 3.

Edu. Dime, Juan.

Juan. Perdone usted, don Eduardo, estoy de prisa. Voy á llevar unos vasos de agua á dos huéspedes que acaban de llegar de Valencia, y...

Edu. De Valencia?

Juan. Y á propósito! Me han dicho que si usted preguntaba por ellos...

Edu. Qué oigo! Entonces es don Braulio Zapata y su hija.

Juan Justamente. Asi me han dicho que se llaman.

Edu. Pues voy al punto. Ah! Está en casa don Rufo?

Juan. Si. Se está poniendo algo mas decente.

Edu. (*pone su sombrero en la mesa*) Entonces prefiero esperarle antes de ver á los recien llegados. Le entregaste ayer mi targeta?

Juan Si señor; en propia mano. Es decir, la puse sobre la chimenea de su cuarto. (*vase, y dice dentro.*) Una botella de agua.

Edu. (*solo.*) Conque Maria está aqui? Oh! Qué placer tengo al volverla á ver. Ya! Pero su padre don Braulio, empezará por preguntarme, es decir, por pedirme el dinero para el negocio que él y yo hemos proyectado, y que es la base de la boda: lo que es dinero... maldito si lo tengo. Diantre! Perder esta boda por la misma causa que he perdido ya otras, no me hace ninguna gracia. Pues señor, no me queda mas esperanza que don Rufo. El es propietario, y rico, y bien puede prestarme... Si, la casualidad no nos ha reunido en vano en una misma fonda, y despues de todo, él se casa hoy con una muger á quien yo amé, y cuya mano me han negado, y es justo que en cambio... Pobre Isabel!

Rufo (*dentro.*) Y mi paraguas? En dónde está mi paraguas?

Edu. Ya le he oido! Serenidad!

ESCENA VI.

Don Eduardo, don Rufo, *con un paraguas en la mano;* Juan, *saliendo por el fondo con una bandeja en la cual trae una botella de agua y dos vasos.*

Rufo. Cosa mas particular. Pues señor, no encuentro el paraguas. (*buscándolo.*)

Edu. Calle! (*riendo ap.*)

Rufo. Nada! Ni rastro! Esto es obra del diablo! Si le tenia hace poco, señor!

Juan. Y aun le tiene usted en la mano. Está usted ciego? (*entra en el cuarto de la derecha.*)

Rufo. (*viéndolo.*) Ah! loado sea Dios, que ha parecido. Gracias por la advertencia, amigo mio. (*á Eduardo.*)

Edu. No; si no he sido yo quien... Cómo va de salud, señor don Rufo?

Rufo. Buenos dias, don Eduardo! (*poniendo su sombrero sobre una silla.*) Me alegro mucho de verle. Ahora precisamente tengo que salir para un asunto importante.

Edu. Ya lo creo! El mas importante de la vida; nada menos que un matrimonio.

Rufo. Eh? Ah! si. Tiene usted razon. Ya me olvidaba que se acerca la hora... á Dios. (*deja su paraguas entre las manos de don Eduardo y va á tomar su sombrero*)

EDU. Si tuviese usted antes la bondad de escucharme por un breve rato...

RUFO. Me es imposible. (*cambiando de idea y volviendo.*) A propósito. Ya no está usted en Valencia?

EDU. Me gusta la pregunta. No lo vé usted?

RUFO. Ah! si. (*se pone su sombrero y toma de la mesa el de don Eduardo y le pasa la mano para sentarle el pelo.*)

EDU. Ya hace dos dias que habito bajo el mismo techo que usted. (*al mismo tiempo que habla le quita su sombrero á don Rufo y lo vuelve á poner sobre la mesa en que lo dejó antes.*)

RUFO. Pues yo, como ya puede usted suponer, mudo esta noche de domicilio. Mi nuevo carácter de esposo... (*cuando vuelve don Eduardo de poner el sombrero sobre la mesa, don Rufo se quita el suyo y se lo entrega.*)

EDU. Oh! qué tragin!

RUFO. Vamos! Palabra de honor que no la he visto mas bella. (*don Eduardo pone el sombrero de don Rufo sobre la mesa.*)

EDU. Eh! A quién?

RUFO. A mi futura. No estábamos hablando de ella? Oh! querida Isabel! Hombre, querrá usted creer que no se separa un momento de mi imaginacion?

EDU. (Si, buena es tu imaginacion para que te dure en ella una cosa medio minuto.)

RUFO. Si, pues como le decia á usted... (*cambiando de idea.*) Quiere usted un cigarro?

EDU. (Si, si! Esto me dará tiempo para hacer mi peticion.)

(Durante este tiempo don Rufo ha sacado la petaca, le ha dado un cigarro á don Eduardo, ha tomado él otro, y ha dejado la petaca sobre una silla. En seguida ha sacado una cagita de fósforos y ha encendido uno.)

RUF. Ji! ji! Bien trató usted de soplarme la novia!

EDU. Yo! (*sentándose.*)

RUF. Si; no se haga usted el desentendido; usted quiso casarse con Isabel como en otro tiempo trató usted en Valencia de disputarme la hija de don Braulio, gorrista... y la cual me preferia á mi, bien claramente.

EDU. Con efecto. Y seré franco con usted. Esa joven ocupa todavia mi corazon. Ahora, en cuanto á la otra, á Isabel... yo renuncié á ella en el instante que usted se presentó como candidato. Cómo habia yo de luchar con usted? De ningun modo.

RUFO. Obró usted cuerdamente, porque la victoria!.. (*fuma con el cigarro al revés y se quema.*) Caramba! Que me quemo la boca!

EDU. Qué le sucede?

RUFO. Ay! ay! ay! (*sacando el cigarro.*)

EDU. Si está usted fumando por el lado encendido.

RUFO. Maldito tabaco! Y me decian en el estanco que era del mejor!

EDU. Calle! Qué tiene ahora que ver el tabaco...:

RUFO. De qué hablábamos?

EDU. De... de la confianza que tenia yo que hacerle á usted.

RUFO. Si. Es verdad.

EDU. (Qué tal? Y no le he dicho aun una palabra.)

RUFO. Con que... (*mirando una botella que hay sobre la chimenea.*)

EDU. Pues.

RUFO. Mientras charlamos beberemos un vaso de naranja.

(destapa la botella y echa una naranjada en un tarro de cristal para flores que coge de la chimenea.)

EDU. En buen hora. Pero no repara usted que eso no es un vaso? (*viendo la distraccion de don Rufo.*)

RUFO. Ah! si.

(Coge un vaso y echa en él la naranjada que tiene el tarro de cristal. Toma otro vaso y echa en él lo que acaba de echar en el primero, coge la botella y vuelve á echar en el tarro creyendo que es el vaso, y deja por consiguiente vacio uno.)

EDU. (Qué diablos de maniobra está haciendo?)

RUFO. Ya tenemos los vasos llenos.

(Le dá un golpecito en la espalda para volver á la conversacion, don Rufo le presenta un fósforo que acaba de encender en este momento.)

EDU. No, no es eso. Hablaba á usted de un establecimiento soberbio que pienso poner, y que ha de darme seguras ganancias. Pero me falta para ello un capital, y si usted quisiese hacerme el favor de prestarme veinte mil reales, hoy mismo firmaria no solo la escritura con mi socio, sino mi contrato de boda, porque tambien voy á casarme.

RUFO. (*se dispone á beber y no lo bebe, diciendo ap. en tanto don Eduardo dá algunos pasos hácia el fondo.*) Ya! Bien! Si! Qué bestia soy! Cuando estoy delante de quien viene á pedirme algo, no sé decir que no. Tengo un corazon tan tierno, que prefiero prometer y no cumplir. Si, esto es mas fino.)

EDU. Con que puedo lisongearme... (*acercándose.*)

RUFO. Si, si. Haré lo posible... (*dándole la mano.*)

EDU. Oh! no sé cómo darle á usted gracias por... Usted me hace feliz, usted me... Tome usted la notita de lo que necesito. (*don Rufo la toma y se la guarda.*)

RUFO. Ah! (*recordando una cosa.*)

EDU. Qué es eso?

RUFO. Qué ahora me acuerdo que debia estar ya en casa de mi suegro. Vaya, á Dios! No puedo detenerme. (*coge el paraguas, se lo pone debajo del brazo y echa á andar.*) Qué pensarán de mi tardanza?

EDU. Se vá usted sin sombrero? (*alargándoselo.*)

RUFO. Tiene usted razon. (*vuelve, coge el sombrero de manos de don Eduardo, y le deja el paraguas echando á andar.*)

EDU. Y esto? (*por el paraguas.*)

RUFO. Ah! si. (*coge el paraguas de mano de don Eduardo y le deja el sombrero que se quita al mismo tiempo y echa á andar.*)

EDU. Pero don Rufo, eh? Que se ha vuelto usted á dejar...

RUFO. Calle! Mi sombrero. (*echándose mano á la cabeza, vuelve, deja el paraguas en manos de don Eduardo y echa á andar sin paraguas ni sombrero.*) Perdone usted. Agur.

EDU. Oiga usted! Que le van á tirar piedras si le ven salir de ese modo.

RUFO. Cómo? Qué? Es verdad, usted disimule. (*recobra su sombrero y su paraguas.*)

EDU. Amigo, como está usted de boda...

RUFO. Si. Tengo la cabeza á pájaros. Con que.... no se iba usted?

EDU. Yo? Si, voy á estender el recibo de esa cantidad... pronto vuelvo. A Dios. (Veamos ahora

á mi hermosa Maria.) (*vase por la puerta izquierda.*)

ESCENA VII.

Don Rufo, *despues* Juan.

Rufo. Cuando tú vuelvas ya estaré yo en la Vicaria; y como despues me voy con mi novia á su casa, bien puedes aguardarme hasta el dia del juicio. Ea, apresurémonos, que me estarán esperando y... Qué iba yo á hacer antes? Ah! beber agua de naranja. (*coge el vaso y se lo lleva á los labios, pero lo retira. Tira lo que tiene en el vaso sobre Juan que sale en este momento.*) No, si no tengo sed.

Juan. Uf! Bien! Me ha puesto usted echo una sopa. Por qué no dice usted siquiera, «agua vá?»

Rufo. Toma! bébete eso por mi. (*alargándole el vaso vacio.*)

Juan. Y me lo dá vacio! Muchas gracias.

Rufo. Dime, has visto mi petaca?

Juan. No señor. Dios sabe dónde se la habrá usted dejado.

Rufo. Pues hace poco... (*registrándose los bolsillos.*) A qui la tengo, voy á regalarte un cigarro. Elige . (*saca del bolsillo una chinela que presenta á Juan.*)

Juan. Calle! Una chinela! Ni aun esas estan seguras...

Rufo. Se me figuró la petaca... (*la tira dentro.*)

Juan. (Pues, y se la metió muy serio en el bolsillo.) Pero si la petaca está aqui. (*cogiéndola del suelo.*)

Rufo. Ah! damela. (*se la guarda.*)

Juan. Anda! Y el cigarro que me iba usted á regalar?

Rufo. Despues.

Juan. (Habrá tacaño?) (*se va á ir.*)

Rufo. A dónde vas?

Juan. A preparar la comida para dos huéspedes que han llegado. Y á propósito, le conocen á usted.

Rufo. A mi? Cómo se llaman?

Juan. Don Braulio el padre, Maria la hija...

Rufo. Qué dices? Eso es mentira.

Juan. No señor. Y vienen de Valencia.

Rufo. De Valencia! (Son ellos! sin duda hacen este viage confiados en la palabra de matrimonio que le di á Mariquita. Me van á comprometer... y digo, hoy el dia de mi boda.)

Juan. Qué tiene usted?

Rufo. Nada, jumento.

Juan. Oiga usted, yo...

Rufo. Márchate. (Y qué hago? Toma, desengañarlos. Esto es lo mejor y lo mas corto. Voy á escribir á don Braulio, y asi salimos de una vez del paso. (*se va por la izquierda y al entrar tropieza en el dintel.*)

ESCENA VIII.

Juan, *despues* Isabel.

Juan. Uf! Qué calamonazo! Pues señor. Si no está loco rematado, me dejo cortar un dedo. Y á todo esto, le estan esperando para ir á la Vicaria. Por cierto que su futura... (*Isabel, cubierto el rostro con un velo, entra por el fondo con aire de misterio.*) Eh? Quién vá? (Una encubierta.)

Isa. Chito, soy yo.

Juan. La señorita Isabel! La futura de don Rufo!

Isa. Si, Juan, la misma.

Juan. Mi antigua señorita, en cuya casa he servido y á quien casi he visto nacer...

Isa. Habla bajo.

Juan. Ya! Hay algun misterio?

Isa. Si. En tanto que mi padre me cree ocupada en ponerme mi trage de novia, me he echado apresuradamente este velo y este vestido de mi prima para que nadie me reconozca y vengo... porque necesito absolutamente hablar á don Rufo, sin testigos, y antes de que se verifique nuestro matrimonio.

Juan. Antes... Es decir que de ello depende que se lleve á cabo?

Isa. Tal vez. Tengo ciertos temores, ciertas sospechas que me agitan de continuo... Hace dós noches que no pego los ojos.

Juan. Mal hecho. Una novia debe dormir bien lo menos seis dias antes de casarse.

Isa. Desde la semana pasada tenia yo pensado el venir, y al ver se acercaba el momento crítico, deseché hoy todo temor, y me dige á mi misma. Una vez que conozco á Juan, que este ha servido en casa, y que ademas es un muchacho honrado, sensible, de buenos procederes... (*le alarga una moneda.*)

Juan. Usted me hace justicia. (*tomándola.*)

Isa. Veamos, sé franco y dime lo que tú opinas acerca de don Rufo.

Juan. Oh! No podré decir de él mas que elogios... es un aturdido... una especie de maniático...

Isa. Si, pero eso importa poco.

Juan. Entonces, qué es lo que á usted le inquieta respecto de su futuro?

Isa. Anoche, estando en casa viendo jugar á mi padre al tresillo... se quedó dormido.

Juan. Eso no se puede remediar... A veces... roncó?

Isa. No.

Juan. Entonces no ha faltado tanto á la cortesia ..

Isa. Pero... en cambio se puso á soñar en voz alta y... pronunció en su sueño el nombre de «Maria,» añadiendo luego, «Don Braulio!.. Valencia!..»

Juan. Maria?

Isa. Eh? La conoces? Te has sorprendido? Tú sabes algo?

Juan. Yo? Lo que es saber... nada. Se lo aseguro á usted. Pero lo que podré en cambio decirle, es, que acaban de llegar de Valencia dos huéspedes, padre é hija, que llevan esos dos nombres, y que conocen á don Rufo, segun se han esplicado.

Isa. Qué oigo! Y estan aqui? En esta fonda?

Juan. Si señora. Y habitan en ese cuarto enfrente del de don Rufo. (*señalando los dos cuartos.*)

Isa. En frente del suyo! No hay duda, don Rufo ha pasado dos meses en Valencia antes de hacerme la corte... y hoy, el dia mismo de nuestro matrimonio... oh! Esto es infame! Y si no me contuviera, iria y le...

Cos. (*dentro.*) Si, si. Número 5, ya lo sé. Está en casa?

Isa. Cielos! La voz de mi padre! Cuidado con que sepa la menor cosa...

Juan. Venga usted, saldrá usted á la calle por esta escalera secreta y...

Isa. No, no me voy aun. Quiero á toda costa oir la conversacion y como se esplica con mi padre, respecto de mí, para decidir en seguida. (*se baja el velo, y se queda oculta á la entrada de una puerta por la parte interior. Juan se va por el fondo cuando sale don Cosme.*)

ESCENA IX.

Isabel *oculta*; Don Cosme, *despues* don Rufo.

Cos. (*en el fondo.*) Qué demonio! Está durmiendo todavía mi futuro yerno? El dia de la boda! Oh! voy á sacarle de una oreja.

Rufo. (*saliendo de su cuarto con una carta en la mano, que se mete maquinalmente en el bolsillo.*) Calle, don Cosme! Que agradable sorpresa! Hace un cuarto de hora estoy oyendo hablar en esta sala y me decia á mi mismo... Yo conozco esta voz... Claro! Como que era la de usted.

Cos. No, pues yo no he...

Rufo. Y... á que feliz casualidad debo la honra...

Cos. Como á qué casualidad? Pues hombre, me gusta! Sabe usted que debiamos estar ya en la Vicaría, y aun me pregunta...

Rufo. Y es verdad! Porque se ha molestado usted por tan poco! (*Coge una silla; don Cosme creyendo que se la ofrece á él se adelanta, pero don Rufo se sienta en ella y lo deja estupefacto.*) Vaya, tome usted asiento.

Cos. Pues señor, gracias, pero... A que nos sentamos ahora? (*cojiendo otra y sentándose.*)

Rufo. Comprendo. Me quiere usted decir que Isabel nos esta aguardando? Oh! encantadora Isabel.

Isa. Hipócrita. (*desde donde está escondida.*)

Cos. Cuando yo salia de casa se quedaba vistiéndose. Su prima la estaba auxiliando en el tocador y. .

Rufo. Dé que me está usted hablando?

Cos. (Jesus que hombre! Si no fuese tan rico le...) (*levantándose y gritándole.*) Le estoy hablando de su boda, me entiende usted ahora?

Rufo. Si, grite usted todo lo que quiera: con toda franqueza. (*tranquilamente y levantandose: se pone á desabrochar el chaleco á don Cosme.*)

Cos. Pero no me desabroche usted el chaleco, hombre. (*se lo abrocha.*)

Rufo. Perdone usted, estaba distraido.

Cos. Cuando no es pascua?

Rufo. (*desabrochando segunda vez el chaleco de don Cosme.*) Pues señor, cada vez me siento mas contento de dar mi mano á su hija de usted y...

Cos. Dale! He dicho que las manos quietas! Por Dios, hombre, ¿me quiere usted escuchar atentamente?

Rufo. Por qué no?

Cos. Pues á consecuencia de lo que me dijo usted anoche... De qué diablos se rie usted ahora?

Rufo. No es de usted nada. Cierta idea que me pasó por la cabeza.

Cos. (Es preciso tener la paciencia de un santo.) Repito que á consecuencia de lo que me dijo usted anoche, le he traido á usted aquello. (*le da un papel doblado.*)

Rufo. Ya! mi partida de bautismo. (*tomándolo.*)

Cos. No, no señor, no confundamos las cosas. (Ay! me hace sudar!) No me dijo usted que queria hacerle hoy un regalo á mi hija?

Isa. Es posible? (*oculta.*)

Rufo. Si. con efecto.

Cos. Que como hasta mañana no tendrá usted fondos, le adelantase treinta mil reales. Pues ahi estan en esos billetes.

Rufo. Bien, me dá lo mismo. (*lo guarda.*)

Cos. De ese modo puede comprarle el aderezo que me dijo habia visto en la calle de la Montera.)

Rufo. Por comprado, señor don Cosme.

Isa. Un aderezo? Oh! esto me reconcilia algo con mi futuro. (*se adelanta algunos pasos.*)

Cos. Qué hace usted? (*don Cosme ha sacado un pañuelo; don Rufo se lo quita y hace un gran nudo en la punta.*)

Rufo. Un nudo en su pañuelo de usted para que no se me olvide el regalo. (*se lo vuelve.*)

Cos Calle! Esto si que es curioso. (*lo toma*) En fin, no debo ocultarle que me alegro mucho de su galanteria para con mi hija, porque... ha de saber usted que la pobrecilla está tan triste hace dos ó tres dias... como que se le ha puesto en la cabeza que usted no la ama, y que ama usted á otra.

Rufo. Eso es una calumnia. (*hace un brusco movimiento.*)

Isa. (Ah!) (*asustada y por temor de ser vista entra rápidamente en el primer cuarto que halla cerca, y que es precisamente el de don Rufo.*)

Rufo. Y juro á Dios y mi conciencia que no hay mujer alguna que me...

Cos. Ah! (*viendo á Isabel en el momento de ocultarse y sin reconocerla.*)

Rufo. Eh? Le duele á usted algo?

Cos. Qué es lo que he visto? Una mujer en su cuarto de usted?

Rufo. Una muger? Imposible.

Cos. Señor don Rufo, ese es un tapujo sobre el cual pido prontas aclaraciones.

Rufo. Señor don Cosme, yo no tapo nada, y no sé por lo tanto qué muger es esa. (Cielos!.. si será María que ha querido...)

Cos. Usted duda.

Rufo. Yo?

Cos. Si mi hija supiera esto. .

Rufo. Pero cómo ha podido nadie entrar en mi cuarto?.. Voy á dejarle á usted cumplidamente satisfecho. (*entra en su cuarto.*)

Cos. Qué hace usted?

Rufo. (*sale trayendo de la mano á Isabel, que viene encubierta.*) Salga usted, intrigante, á quien no conozco. Ni sus zalamerias ni sus trazas me harán nunca olvidar los atractivos de mi Isabel.

Isa. Oh! me ama! Ya no me queda duda! (*dirigiéndose á la puerta del foro y se vá.*)

Cos. Bravísimo. Oh! vengan esos cinco. Estoy satisfecho de su comportamiento.

Rufo. Yo nunca me porto menos. Pues señor, desembaracémonos del otro...

Cos. Quién?

Rufo. Un quidam que me ha pedido dinero prestado.

Cos . Dinero? No hay que prestar un cuarto.

Rufo. Pierda usted cuidado, que no me olvido yo nunca de esa máxima saludable.

Cos. Pues ea, yo voy á ver si Isabel ha acabado de vestirse. Hasta luego, eh! Cuenta con hacernos esperar arriba de diez minutos.

Rufo. Ni cinco.

Cos. Ni cinco? Dios lo quiera! Agur.

Rufo. A Dios,don Cosme.

ESCENA X.

Don Rufo, solo; despues Juan.

Rufo. Diantre! Qué iba yo hacer ahora? Calle (*Saca el pañuelo para sonarse y cae al suelo la carta que se guardó.*) Alguno ha perdido esa carta. Qué apostamos á que ha sido mi suegro? Ya se vé! es tan distraido! (*la coge y examina.*) No está cerrada, ni tiene sobre. Será para mi? Quién sabe! Esa aventura que he sorprendido en mi cuarto... Veamos... «(*lee.*) Muy señor mio...» Uf! que patas de mosca! «Mi lealtad me aconseja el decir francamente á su hija de usted que renuncie á la idea de ser mi esposa! Bruto de mi! Si es mi letra, si es la carta que acabo de escribir para enviársela á don Braulio, al padre de mi valencianita, á fin de que desista de buscarme, si tal es el obgeto de su venida á la corte. Ea. Pongámosle pronto el sobre para enviarsela á su cuarto con Juan. Juan! Y el lacre? Juan!

Juan. Presente.

Rufo. Luz, lacre, pronto.

Juan. (*enciende una bugia y le dá el lacre.*) Voy, mire usted que el coche de alquiler le está á usted esperando para llevarle á la vicaria.

Rufo. (El coche! Ahora me sale con el coche, como si yo le hablara de eso. Este Juan tiene la cabeza á pájaros. (*cogiendo una pluma*) A la verdad que ya estaria esta carta en su destino, si no hubiera venido á entretenerme mi suegro don Cosme Rubiales, (*escribe distraido.*) el tal donCos me-Ru-bia-les. Ajá! Cuando don Braulio reciba esta carta. El lacre. (*pone un dedo á la luz y dá un grito sacudiendolo.*) Caracoles!

Juan. Que se ha quemado usted el dedo por quemar el lacre.

Rufo. Y por qué no me avisas antes, animal? Trae. (*coge el lacre de manos de Juan y pega la carta.*) Ahora falta devolver á don Eduardo el recibo que me dió negándole asi el préstamo. (*saca un papel doblado del bolsillo del pecho del frac.*) Vean ustedes lo que es el crédito de ciertos hombres! Este papel valdria un ochavo, y con la firma de don Eduardo no lo querrá nadie ni de valde.

Juan. Necesita usted algo mas?

Rufo. (*muy alto*) Si.

Juan. Caramba! A qué da usted esos gritos? (*retrocediendo.*)

Rufo. Entrega al punto esta carta á quien indica el sobre. (*se la dá.*)

Juan. Estan puestas las señas?

Rufo. Si, hombre, ni aun tienes que salir de... ah! Este papel á ese otro caballero.

Juan. Cuál?

Rufo. Ese jóven en cuya compañia fumé antes un cigarro.

Juan. Ya; don Eduardo Martinez.

Rufo. El mismo. Dile que no me es posible darle otra respuesta.

Juan. Será usted servido. (*vase*)

Rufo. Eh! Ya es hora de que yo me vaya á casar; voy á ponerme las botas y .. (*vase dando taconazos.*)

ESCENA XI.

Don Eduardo *saliendo del cuarto primero de la derecha, y como si hablára con alguien que está dentro; despues don* Rufo.

Edu. (*sale.*) Hasta luego, señor don Braulio; mi querido suegro... si, ya me es permitido darle á usted este nombre, y tambien el de socio, pues esta misma tarde le podré entregar mis fondos. Ah! que dicha! Maria será mi esposa.

Rufo. (*sale.*) Si tenia las botas puestas?

Edu. Señor don Rufo!

Rufo. Ola, don Eduardo. Precisamente me ocupaba de usted hace un momento.

Edu. Si? (*contento.*)

Rufo. Si, Juan le dará á usted mi respuesta.

Edu. Ah! (*con esperanza.*)

Rufo. Siento en el alma. . (*cogiendo el sombrero y el paraguas.*)

Edu. Cómo?.. (*inquieto.*)

Rufo. No poder prestarle un solo real. Oh! no hay de qué! Si otra vez se ofrece, puede usted dirigirse á mi con la misma franqueza. Entre amigos... Vaya, voy á casarme. Hasta otro rato. (*se va precipitadamente por el foro*)

Edu. Cielos! Qué es lo que acabo de oir? Y don Braulio á quien he prometido hace un instante... Oh! No hay remedio! Todo lo he perdido. (*se queda triste.*)

Juan. (*Sale.*) Primero que yo vuelva á llevar otra carta por este estilo... Pues no me han puesto como ropa de Pascua! Toma! Y si no echo á correr .. Ah! tome usted, tengo encargo de darle á usted este papel. (*se lo dá.*)

Edu. (Si. Mi recibo que me lo devuelve) Que miró! Billetes de banco por treinta mil reales! Y me dijo que no podia prestarme un real! Que delicadeza!)

Juan. Ah! me añadió que no le era posible darle á usted otra respuesta (*vase.*)

Edu. Me sobra con esta! Vamos, si no vuelvo de mi sorpresa! Treinta mil reales cuando yo no le pedia mas que veinte mil! Cuanta nobleza! Cuanta generosidad! Ya soy feliz! Ya puedo casarme con Maria! Por violento que me sea hacerme vendedor de gorras con mi suegro. ¡Que lástima! Cuando empiezo á comerciar con un capital como este... Ay! si Isabel no se estuviese casando á estas horas con don Rufo...

ESCENA XIII.

Don Eduardo *y* don Cosme *muy colérico.*

Cos. Don Rufo? Quién habla aqui de ese bribon de don Rufo?

Edu. Calle! por que se espresa usted asi contra él señor don Cosme? Por ventura no es ya casi el esposo de su hija de usted?

Cos. Buenas y gordas! Seguramente me dice usted eso en linda ocasion. Vea usted, vea usted la carta que ese mónstruo acaba de escribirme «Muy señor mio.» Observe usted como omite el «Querido suegro.» Sus razones tenia el inicuo para ello.

Edu. (¡Qué rayo de esperanza!) Continue usted yo se lo ruego.

Cos. Continuo. «Mi lealtad me aconseja el decir francamente á su hija de usted!.. Eh! Que esto lo tan seco. «A su hija de usted, que renuncie á la idea de ser mi esposa.»

Edu. (Cielos!) Dice eso?
Cos. Eso dice. Oh! Veo que usted mismo se indigna...
Edu. Mucho, mucho. Estoy muy indignado. (Ay que placer!)
Cos. «Asi pues, no me es posi...» Vamos, no tengo paciencia para acabar de leerla.
Edu. Conque de ese modo se atreve á faltar á usted? A usted, persona tan digna, tan respetable...
Cos. A mi. Vea usted el sobre, eh? A don Cosme Rubiales.
Edu. Entonces... entonces es decir que Isabel es ya libre?
Cos. Como el aire.
Edu. Seria cierto?
Cos. Ola! Que alegria! Y ahora que recuerdo... Tendria usted por ventura, respecto de mi hija, las mismas intenciones que en otro tiempo?
Edu. Pero que intenciones, señor don Cosme..!
Cos. Calle!..
Edu. Las mas puras, las mas honestas... Ah! podré esperar ahora que usted...
Cos. Hombre, usted no es para mi una persona desconocida. Si entonces le negué mi permiso, fué por la falta que usted tenia de capital... y no porque yo sea interesado, pero...
Edu. Oh! noble corazon! Pero ahora tengo dinero.
Cos. Es posible! Cuente usted con mi hija; teniende usted verdadero amor, el interés no me importa á mi nada.
Edu. Este es un sueño! Gracias á don Cosme! Me faltan palabras para espresarle...
Cos. No hay de qué. Lo que yo deseo es que cuanto antes vea ese maldecido, que no le queremos para maldita la cosa, y que...
Edu. (Cuando sepa don Rufo... Pero qué le importa? No ha sido él quien ha renunciado?...) Señor don Cosme, perdone usted, pero ya comprenderá que no estaria bien visto que fuese á casarme de gaban. Voy á mudar de trage, y acto continuo...
Cos. Si, si, al punto. No quiero que los preparativos que he hecho se malogren. Nada. Asi, de golpe y porrazo.
Edu. Vuelvo inmediatamente. (*vase.*)
Cos. Apreciable jóven! Jóven apreciable, cuyas relevantes prendas no he podido conocer hasta ahora... que me ha dicho él que las tenia.

ESCENA XIII.

Don Cosme, Don Rufo, *despues* Eduardo.

:F. Al fin llegué.
ıs. (Don Rufo! Contengámonos, porque si no...)
:F. Calle! Es usted, usted mi querido suegro?
ıs. Suegro! Aun se atreve á darme ese nombre! (*don Cosme tiene el brazo estendido, don Rufo cuelga en él su sombrero y el paraguas como si fuera una percha.*)
:F. Pues señor... sentémonos.
ıs. Como se entiende? Viene usted á burlarse de mi? Pues voto á San...
:F. Juro á usted que no ha sido esa mi intencion... Ademas, confieso que tiene motivos para estar enfadado por mi tardanza. Pero oiga usted mi disculpa, y verá que... ¡Dale! Permítame usted disculparme.
Cı. Hombre... tengo curiosidad de oirle, solo por ver hasta dónde llega su descaro. Hable usted. Ya le escucho. Quiero cometer la debilidad de escucharle.
Ruf. En buen hora. Empezaré por decirle á usted, que el carruage me esperaba á la puerta. Un carruage aéreo y cuyo pescante estaba convidando á un aficionado como yo á guiar los caballos.
Cos. Me gusta la ocurrencia
Ruf. Y como lo pensé lo hice. Cojo las riendas y la fusta y ¡zás! en un dos por tres llego á la tienda del diamantista... Ya sabe usted, para comprar el aderezo convenido. Una tienda magnifica, con unos escaparates y un...
Cos. Pero nada de eso guarda consonancia con...
Ruf. Si, don Cosme... Yo no tengo la pretension de guardar consonantes. Yo hablo en prosa. Estamos? En vil prosa. ¿Qué deciamos? Ah! llego á la puerta del diamantista y... cate usted, que el caballo se distrae, y en vez de entrar en el gran portal de la casa, se mete impábido, en dónde?
Cos. En dónde?
Ruf. No; soy yo quien le digo á usted, en dónde? Nada menos que en una tienda de modistas.
Cos. Pero repito que nada de esto me...
Ruf. Por fortuna no hubo mas desgracia que los cristales rotos y al salir estropeado el animal. Figurese usted el susto de aquellas señoritas; les dige; tranquilicense ustedes. No vayan á creer que vengo á cometer un rapto con ninguna... Si hubiera sido en otros tiempos...; Cuando yo emprendia aquellos dias de campo... Oh! el campo...
Cos. Ha acabado usted ya?
Rufo. Casi.
Cos. Abreviemos.
Rufo. Es que se me ha olvidado lo que iba á decir; ¿en qué estaba?
Cos. (Vamos! No hay paciencia para aguantarle.) Estaba usted en... en las modistas que rompieron los vidrios de la tienda y se metieron en el carruage
Rufo. Para ir al campo?
Cos. No. Si era usted quien...
Rufo. Ah! ya! Era yo quien las llevaba.
Cos. Tampoco es eso! (Nos hemos hecho un lio.)
Rufo. Es decir. Habiamos ya llegado al campo. Ya lo recuerdo todo! Figurese usted que yo estaba muy tranquilo á la orilla de un foso, cuando mi perro...
Cos. El caballo del carruage querrá usted decir.
Rufo. No. Mi perro me lo advirtió. Al ver la liebre, cojo el fusil y...
Cos. (Pues esta es otra historia! Uf! que confusion! Se me anda la cabeza!) Pero, qué fusil...
Rufo. El de mi vecino don Zoilo.
Cos. Don Zoilo! El perro! El fusil, los vidrios rotos, el caballo! Jesus!
Rufo. Pues, el caballo que...
Cos. Calle usted! Calle usted! Esto no es hablar, esto es dar vueltas á una noria!
Rufo. Eh! Si me está usted embrollando!..
Cos. Yo! hombre... mire usted que mi paciencia se apura!
Rufo. Pues no me distraiga usted de lo principal de mi conversacion.
Cos. Bien. Vamos á lo principal. Al diamantista; figese usted en el diamantista.

RUFO. Corriente. Entro al fin en la tienda, ajusto un aderezo, me parece caro, ofrezco la mitad de lo que me piden, y para el caso de que se decidieran á dármelo por lo ofrecido, les dejo mi targeta, con encargo de que le lleven á su casa de usted. He aquí la causa de mi tardanza. Me parece que nadie la contaria mas breve y mas claramente.

COS. Y piensa usted que con esa esplicacion basta para...

RUFO. Conque marchamos á la Vicaria...

COS. Como! Se atreve usted á... (Habrá igual desfachatez.)

RUFO. Vaya! En qué nos detemos? Aun quiere usted hacerse aguardar mas?

COS. Hombre, ¿quiére usted que le diga una cosa?

RUFO. Si, pero sea usted breve.

COS. Pues... (*don Eduardo saliendo de frac y á media voz.*)

EDU. Mi querido suegro, estoy á las órdenes de usted.

COS. Oh! mas vale despreciar á este miserable. Vámonos, yerno mio.

RUFO. Al instante. (*don Rufo se halla arreglando su corbata, vuelve de pronto y se encuentra con don Eduardo.*) Eh? Qué se le ofrece á usted de nuevo?

EDU. Solo decirle una palabra. (*bajo.*) Treinta mil reales! Treinta mil gracias! (*se dirige al fondo.*)

RUFO. Eh?

COS. Y yo enseñarle para confundirle esta carta suya. Ahi vá. Ni aun quiero rebajarme á romperla!

RUFO. Pero...

EDU. Ah! querido amigo! (*abrazándole.*)

COS. Atrás! malvado!

ESCENA XIV.

DON RUFO, JUAN, *viendo salir á los otros.*

RUFO. Pero señor, que pantomima es esta! Y mi suegro se vá echando espuma por la boca! Eh! Una palabra! Yo quiero saber!.. Yo quiero que ustedes me espliquen lo que todo esto significa.

JUAN. Ola! ¿Vuelve usted de casarse, señor don Rufo?

RUFO. Juan, corre, deten á ese par de locos.

JUAN. Qué dice usted?

RUFO. Que lo son, no hay duda. El uno me estrecha en sus brazos sin venir á cuento; el otro toma una actitud de primer barba, y me dice dándome esta carta. «Ahi vá, lea usted.

JUAN. Calle! Esta carta es la misma que usted escribió hace poco.

RUFO. Cómo?

JUAN. Justo. La misma que usted me dió para que yo se la entregára á don Cosme Rubiales.

RUFO. A don Braulio Zapata, querrás decir.

JUAN. No señor, no; recuerdo bien que me dijo usted, «lleva esta carta á donde marca el sobre.»

RUFO. Pues no lo ves claramente, cabeza destornillada!

JUAN. ¿Y usted no vé lo que el sobre dice?

RUFO. Todavia no te has convencido, animal? Mira, mira, «á don Cosme Rubiales.»

JUAN. Eh? Tenia yo razon?

RUFO. Ah! torpe de mi! De manera que don Cosme ha recibido el billete que yo escribí á don Braulio! Te has portado como quien eres.

JUAN. Pero señor, qué queria usted que yo hiciera?...

RUFO. Nada. Voy á recomendarte á la direccion de correos para una plaza de cartero. Voto á sanes! Todo lo comprendo ahora. Si, he aqui esplicada la ira de don Cosme! Ha creido que yo despreciaba la mano de su hija Isabel y...

JUAN. Y se la vá á dar por esposa á don Eduardo.

RUFO. A don Eduardo? Caramba! Me opongo! Me... Ah! pobre Isabel. A estas horas estará anegada en lágrimas! Oh! Corro á consolarte, á proclamarte mia!..

JUAN. Señor don Rufo, Señor don Rufo! (*aparecen en la primera puerta derecha don Braulio y Maria; Juan que los vé, dice á don Rufo.*) Ahi tiene usted precisamente al padre y á la hija á quien usted...

RUFO. Don Cosme! Isabel! Conocen mi inocencia! Vuelven! Ah! me falta valor para mirarlos cara á cara... Oh! padre generoso. Generosa hija! (*cayendo de rodillas.*)

BRAU. Cómo!

MAR. Don Rufo!

RUFO. Oh! que es lo que estoy viendo! El gorrista y su hija! Juan, mi sombrero. (*Juan se lo pone.*)

BRAU. Oiga usted, caballerito!

RUFO. Juan, mi paraguas! (*se lo pone en la mano.*)

BRAU. Sepa usted para otra vez...

RUFO. Juan, mi... Juan!

JUAN. Señor!

RUFO. Donde está mi... Juan! (*aturdido dando vueltas.*)

JUAN. Señor, no me vé usted?

RUFO. A Dios, Juan. (*vase precipitadamente por el foro.*)

ESCENA XV.

JUAN, DON BRAULIO *y* MARIA.

MAR. Ni siquiera nos saluda! Habrá grosero!

BRAU. Pero á qué asunto se ha arrodillado delante de nosotros?

JUAN. No haga usted caso. Es que le pedia á usted la mano de doña Isabel Rubiales.

BRAU. Y quién es esa señora?

JUAN. Su futura.

MAR. Bien, pero nosotros qué tenemos que ver...

BRAU. Justo. ¿Se le ha figurado que tengo yo metida en el bolsillo la mano de la Rubiales?

JUAN. No por cierto. Pero como es tan aturdido y... Y el padre de su novia lo ha plantado por dársela por esposa á don Eduardo Martinez.

MAR. Cielos! Eso es imposible!

BRAU. Chico, tu eres muy bestia.

JUAN. Dios se lo pague á usted.

BRAU. Pero como ha de ser eso verdad, cuando don Eduardo se casa hoy con mi hija? Cuando nos ha dado aqui mismo una cita?

JUAN. Bien. Nada pierde usted con esperarle. Pero lo que yo puedo asegurar á usted es, que he visto salir á don Eduardo para la boda, muy presto de frac negro y de... en fin, no le quepa á usted duda.

MAR. Ah! Papá!! (*don Braulio pone á su hija una silla, Juan acerca otra.*)

JUAN. Creo que la señorita se pone mala.

BRAU. Eso no le importa á usted. Sobre todo, usted tiene la culpa, que viene á inquietarnos con sus embrollos.

JUAN. Embrollos? Precisamente aqui viene el mismo don Eduardo. Pronto verá usted...

MAR. Oh! interróguele usted, sepa yo pronto....

BRAU. Chis! Dejame obrar! (*coge una silla y se sienta gravemente.*) Voy á verlo venir.

JUAN. Digo! Y poco acicalado! Aun trae puestos los guantes blancos.

ESCENA XVI.

DON EDUARDO, JUAN *se frota las manos y se pone en un rincon para observar lo que sucede.*

EDU. Pues señor, ¡á Dios mis sueños de ambicion! Don Rufo triunfa en toda la línea. Lo ha esplicado todo; ha pedido perdon; ha llorado..... y ha conseguido la reposicion de todos sus derechos matrimoniales. (*repara en Braulio y Maria que se hallan vueltos de espaldas; se adelanta hácia ellos.*) Ah! Por fortuna, Maria y su padre no saben nada, y... ¡Cómo! Es usted? No me esperaban ustedes quizá? Confio en que se dignarán disculpar mi tardanza.

BRAU. Hablaba usted conmigo?

EDU. Con usted, mi querido socio.

BRAU. (Socio!) (*suspira.*)

EDU. Y con usted tambien, mi adorada Maria.

MAR. (Su adorada Maria!) (*suspira.*)

EDU. Pero... ¿qué es esto? ¿Por algunos minutos de tardanza os encuentro enojados?

BRAU. (*volviendo bruscamente la silla.*) En primer lugar, no han sido algunos minutos, sino media hora; y en segundo... Veamos. ¿Qué ha hecho usted, si no tiene inconveniente en decirlo, durante esa media hora, caballero?

EDU. Qué he hecho? Servir de testigo en una boda. (*vacilando.*)

MAR. *y* BRAU. De testigo!

EDU. Si; ¿por qué es esa admiracion?

BRAU. Porque acaban de decirnos que habia usted salido para casarse.

EDU. (Diantre!) No por cierto. Para casar á ese pobre don Rufo, que está enamorado como un loco, de doña Isabel Rubiales.

MAR. Isabel, Isabel! Ahora recuerdo que un dia me llamó asi, distraido.

EDU. Es muy posible. Hoy precisamente habia tenido un fuerte altercado con su futuro suegro, y... al fin he logrado hacerlos amigos, y presenciar la boda. Pero yo... yo continuo soltero... hasta nueva orden.

MAR. Ah! Ya eso es otra cosa! (*contenta.*)

BRAU. Conque es decir que á Dios gracias, no volverá ya por aqui el tal don Rufo?

EDU. Claro! Como ha de volver la noche de su boda! Ademas, se vá á habitar en casa de su novia. Y precisamente me ha encargado que le envie su equipage.

BRAU. ¿Y usted trae como me ofreció aquellos fondos?

EDU. Mas. Porque tengo disponibles treinta mil reales.

BRAU. De veras?

ESCENA XVII.

Dichos, JUAN *con una luz en una mano y una targeta en la otra.*

JUAN. Con permiso de ustedes. Señor don Eduardo, abajo hay un diamantista que pregunta por usted, y que manifiesta mucha prisa por verle.

EDU. Un diamantista?

JUAN. Si señor. El mismo, en cuya tienda acaba usted de ajustar un aderezo para hacer un regalo.

MAR. Como! Eduardo...

BRAU. Todo lo comprendo! Venga esa mano, yerno mio.

EDU. Aseguro á usted que no sé...

BRAU. Quiere hacerse el modesto.

JUAN. ¿Cómo no, cuando el diamantista dijo que se trajo usted la joya?

EDU. Yo? Calle!

JUAN. Si; que se lo trajo usted, pero que se olvidó usted de pagarla.

EDU. Que estás ahi hablando, majadero?

JUAN. Toma! Vea usted sino la targeta que dejó usted en el mostrador de la tienda.

EDU. «Eduardo Martinez.» Si; esta targeta es mia.

JUAN. Yo lo creo, hasta tiene las señas; «Fondas de...» Pero lo mas gracioso es, que al mismo tiempo que se traia usted el aderezo en el bolsillo, mandaba usted que lo llevasen inmediatamente á casa de doña Isabel Rubiales.

BRAU. ¡Qué oigo! ¡A casa de la Rubiales!

EDU. Pero señor don Braulio...

MAR. Era para ella! ¡Qué infamia! Que maldad!

BRAU. Bien nos digeron, y nosotros tan mentecatos que...

EDU. Oiganme ustedes. Yo les juro que no sé nada de semejante diamantista, ni de ese aderezo, ni... (¡Qué embrollo es este!) Señor don Braulio, querida Maria! Yo desharé este enredo. Si; corro á pedir esplicaciones á ese hombre que me aguarda... Y al momento seré con ustedes. (*vase.*)

BRAU. No, no tiene usted que presentarse mas á mi vista.

MAR. No, nunca.

JUAN. Qué tal? Y decia que no se habia casado con la otra. (*vase.*)

ESCENA XVIII.

DON BRAULIO, MARIA, *despues* JUAN.

MAR. ¡Pero que haya en el mundo hombres tan groseros?

BRAU. Es decir que.. ¡Por vida de Sanes! ¡Es decir, que... ¡Pues no hay duda; la de... vamos! La sangre se me espesa, y...

MAR. ¡Qué humillacion!

JUAN. Tranquilícense ustedes; ya todo está arreglado.

MAR. *y* BRAU. Arreglado?

JUAN. Si; se lo llevan preso.

MAR. *y* BRAU. Preso!

JUAN. Como usted lo oye. Ya vá andando con el celador á casa del abuelo.

MAR. Pero ¿por qué?

JUAN. Estamos? (*hace señal de robar.*)

BRAU. Como! Eduardo?

MAR. Imposible! Eso no lo creo.

BRAU. Jesus! Jesus! Este es el colmo de los males.
MAR. Ay! ¡Estoy toda conmovida! Semejante noticia...
JUAN. Me parece que la señorita vuelve á sentirse mala. Mejor fuera que se retirasen ustedes á descansar. Son las diez de la noche y...
BRAU. Si, si. Ven, hija mia. Procuremos conciliar el sueño; dar treguas á tantas emociones, y mañana mismo nos volveremos á Valencia. Vamos, anda.
JUAN. Tomen ustedes. (*con luces.*)
BRAU. No llores, muchacha.
JUAN. Que ustedes pasen buena noche. (*vanse.*)

ESCENA XIX.

JUAN *solo.*

Quién diablos habia de creer que don Eduardo?.. Y sin embargo, la targeta era suya. Y por mas que juraba y perjuraba... En fin; allá se las avenga. Leamos ahora esta carta que me ha entregado el portero. «Juan, en cuanto recibas la presente, enviame la bata, las chinelas y el gorro de dormir á casa de mi suegro don Cosme Rubiales. Acabo de casarme con su hija, y como ya comprenderás, habitaré esta noche bajo el mismo techo que mi esposa.» Calle! La firma don Rufo! Don Rufo casado con doña Isabel, y yo creia que don Eduardo era quien... Pues señor, bueno. Le enviaré lo que me pide...claro. ¡Como ha de dormir acá esta noche! Pero cuanto mas reflexiono, menos acierto á esplicarme...

RUFO. Ya creo que no llueve. (*ap. en el fondo con el paraguas abierto*) No. Al fin escampó y puedo cerrar mi paraguas.

ESCENA XX.

JUAN, DON RUFO, *cerrando el paraguas.*

JUAN. Qué veo?
RUFO. ¡Calla! ¡Si estaba dentro de casa! ¡Qué cabeza! Las diez. ¡Caramba! No me gusta recogerme tan tarde.
JUAN. (Pero como es que deja á la novia?)
RUFO. Ya se vé, se pasa el tiempo de una manera con el baile y la...
JUAN. Ay! Ya comprendo! ¡Se ha salido distraido, como quien se retira de un sarao cualquiera!)
RUFO. ¡Aja! Cuanto mas sosegado no me encuentro aqui, en mi sillon. (*se sienta cerca de la mesa, sobre la cual Juan dejó antes una bujia encendida.*)
JUAN. (Vamos! No me van á creer cuando lo cuente. Voy á su cuarto por la bata, y que se las componga como pueda.)

ESCENA XXI.

JUAN *entra en el primer cuarto de la izquierda,* DON RUFO *solo, sacando un periódico del bolsillo.*

RUFO. Leamos como de costumbre mi periódico de la tarde; y en seguida un vaso de agua, y á la cama.
JUAN. (*Saliendo con la bata, las chinelas y el gorro de dormir que pone en una silla, y diciendo (ap.)* Buena receta para una noche de novios! Pues lo que es yo, me voy á cenar, que es lo que mas me interesa. (*vase foro: don Rufo solo.*)
RUFO. «El Parlamento ha votado por una mayoria de noventa y cinco votos contra noventa y cuatro, la ley de... No; esto es muy largo; y sobre todo, no me importa maldita la cosa. Yo, con lo que gozo es con las noticias sueltas. (*buscándolas.*) Ah! Ya las encontré. «Madrid. Sucesos del dia. Un robo de los mas descarados se ha cometido hoy entre dos y tres de la tarde en la tienda de un diamantista. Un sugeto vestido de frac negro y pantalon; chaleco (*traje de don Rufo*) blanco y corbata idem; despues de haber estado regateando largo rato un aderezo de gran valor, halló medio de sacarle mucho mas barato, llevándoselo escondido en su bolsillo, sin que lo advirtiesen.» ¡Esto es escandaloso! ¡Y qué en un Madrid sucedan tales cosas! Ya se vé! Mientras no se persiga á los tunos que las cometen..! «La policía á quien se ha dado parte inmediatamente que se echó de menos la alhaja, ha practicado las mas vivas diligencias para encontrar al delincuente, que por fortuna acaba de ser preso en la casa donde habitaba.» ¡Me alegro! Asi quiero yo á la policia! Vean ustedes un golpe bien dado! Amigo, cuando se quieren hacer las cosas!.. Qué demonio! (*bosteza.*) Ya me ha entrado el sueño, y no voy á poder leer una letra. (*deja el periódico sobre la mesa y bosteza.*) Pues, señor. A Dios gracias, ya se han ido los convidados. Ya nos han dejado en paz. Han hecho bien. En una noche de boda; no sirven mas que de estorbo. Ea! Ya mi novia se habrá despojado de sus adornos... (*se levanta.*) Pasemos á su cuarto, ¡Hola! Juan me ha enviado, como le escribi, mi bata y mi... Es buen chico. Mañana me pasaré por la fonda y le daré su correspondiente propina. ¡Ajá já! (*se pone la bata encima del frac y coge la luz.*) Ahora... volemos á los brazos de mi esposa: volemos á la habitacion nupcial. ¡Oh! Cupido! ¡Oh! Isabel adorada! Ya arde en fin la brillante antorcha de himeneo!

ESCENA XXII.

Apaga la luz y se dirige á tientas al cuarto de don Braulio. Dicho, ISABEL, DON COSME *y* JUAN.

ISA. Qué oscuridad!
COSM. Cuando te digo que es imposible que esté aqui!
ISA. Pero como es que ha desaparecido de casa sin que nadie lo notase? (*Rufo entra en el cuarto de don Braulio. Juan sale con luz*) Ah! Aqui viene un criado... Juan, y don Rufo?
JUAN. Toma! ¡Ha venido á acostarse como de costumbre!
ISA. No oye usted esto?
COS. No hay remedio; ese hombre está sin juicio.

ESCENA XXV.

Dichos, DON RUFO; DON BRAULIO *que trae una pistola en la mano y* MARIA; RUFO *huyendo.*

RUFO. Uf! San Ambrosio! ¿En dónde me he metido?
ISA. Es él!
BRAU. Apártense ustedes, que le voy á pegar un tiro.

MAR. Papá.
RUFO. Suegro! Esposa!
COS. Pero qué demonio es esto?
BRAU. Nada. Lo dicho. Quiero beber de su sangre.
RUFO. Poco á poco. Cuenta con ella, porque... ¿Dónde hay un sable, una escopeta! Una pistola!.. Ah! Alto ahi! (*se tienta los bolsillos y saca una cagita larga de guardar un aderezo y apunta con ella á don Braulio.*) ¡Alto ahi!
ISA. Don Rufo!
EDU. Eh! Quietos, señores... (*saliendo y quitándosele.*) Calle! ¡un aderezo! ¡Y con frac!.. Ese chaleco... ¡Las señas del ladron que afortunadamente han reconocido no ser las mias!
TODOS. Ladron!
RUFO. ¡Las señas!.. ¡Este aderezo! (*mirándose*) Ah! Santos cielos!
EDU. Otra distraccion! ¿No quereis decir eso?
RUFO. Justo.
EDU. En buena me ha metido usted. ¡Dar mi targeta en lugar de la suya!
MAR. Seria posible?
RUFO. No importa. Yo me presentaré. Yo me justificaré; yo pagaré doble... Si. Y compraré otro, si es preciso. Todos los que mi esposa quiera.
ISA. Piensa en mi! (*á su padre.*)
RUFO. Que si pienso? Pensando en tí, me soplé de rondon en el cuarto de este caballero.
COS. Caramba!
BRAU. Pues dé usted gracias á la ligereza de sus piernas...
EDU. (*á Maria y su padre.*) Y bien, ¿dudará usted aun?
BRAU. No: suya es Mariquita.
EDU. A usted se lo debo todo. (*dando la mano á don Rufo.*)
RUFO. A mí? ¿Por qué?
EDU. Qué tal? Ya ha olvidado...
COS. Ea... Don Rufo, Isabel, partamos.
RUFO. Sí, sí, pero antes...
COS. Quiere usted pedir perdon al público por tanta falta como ha cometido! Que me place!
RUFO. Justamente.
COS. Ea, pues, á ello.
RUFO. Si, si. Empezaré, por la... (*tose y dice.*)
Una merced señalada... (*al público.*)
señores, mi labio os pide.
Dígame usted, don Braulio. (*se distrae; cambia de pronto de idea y dice á don Braulio.*) Conque su chica de usted, se casa con...
COS. Hombre, por Dios!
RUFO. Ah! Dice usted bien.
Una merced señalada (*al público.*)
señores, mi labio os pide.
Qué íbamos diciendo?... (*distrayéndose.*) Ah! Nada.
Que me deis una palmada
antes de que se me olvide.

FIN.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS DEL REINO.—Aprobada en sesion del 28 de febrero de 1850.—*Baltasar Anduaga y Espinosa.*=Es copia del original censurado.

MADRID, 1850.
IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Duque de Alba n. 31.